



Intervención en la XXXVII versión de ENADE 2015

26/11/2015

Rodrigo Valdés P.
Ministro de Hacienda

Muy buenas tardes. Parto por disculparme por no poder haberlos acompañado esta mañana, pero mi responsabilidad como ministro de Hacienda era estar en el Congreso.

Quiero valorar el espacio que ofrece Icare cada año para hacer un alto en el camino y reflexionar sobre los temas más importantes para el país. Enade se ha transformado en una instancia para poner en pausa el debate sobre las urgencias de la coyuntura, salirnos del bosque y abordar las distintas miradas sobre nuestro futuro.

En medio de los problemas de confianza y transparencia que hemos vivido este año, hoy más que nunca es imperioso repensar una visión compartida de futuro. Para recuperar un mayor crecimiento, para avanzar significativamente en equidad, para caminar hacia una sociedad más integrada, necesitamos un diálogo que respete las diferencias y nos permita responder a los desafíos que tenemos en estos tiempos más exigentes.

Desarrollo, más que crecimiento

La pregunta que hoy nos convoca es ¿cómo llegar al desarrollo? No es una pregunta pequeña. Es probablemente la más importante que se hacen los países.

Para partir, creo que es fundamental detenerse a analizar qué entendemos por desarrollo, porque estoy seguro que el desarrollo es multidimensional. Se refiere a adecuados niveles de ingreso de la población, bajas tasas de pobreza, buen acceso a salud y educación, instituciones de calidad, grados mínimos de equidad, participación ciudadana, buena democracia.



Posiblemente me han escuchado decir que establecer el desarrollo exclusivamente por el nivel de PIB per cápita (ppp) es una visión estrecha del mundo: las cosas son más complicadas.

El desarrollo va mucho más allá, es más complejo que eso. Pero el crecimiento sí es importante. Chile ha crecido a tasas elevadas por muchos años, casi el doble en promedio que el crecimiento de la OCDE desde el año 1990 hasta ahora. Esto permitió que nuestro PIB per cápita aumentara a tasas muy elevadas, casi como 5,2% por año, lo que ha implicado que el PIB se expandió en más de 140%. Esto nos ubica cerca del umbral de lo que hoy se considera nivel de ingresos altos de acuerdo con el FMI. Debemos estar orgullosos de este logro.

Entonces, ¿estamos ad portas de convertirnos en un país desarrollado? Yo al menos tengo el convencimiento que nos falta mucho. Por el lado del PIB hemos aumentado mucho. Hoy, nuestro PIB per cápita es algo más de la mitad del promedio de los países OCDE, cercano al de países que consideramos desarrollados como Portugal y Grecia. Pero eso esconde la dramática mala distribución de ingresos que tenemos.

Ustedes en estos foros deben haber oído hablar del coeficiente de Gini. Quiero hoy usar otros números, que creo que son más simples, tienen que ver con cómo se compara el PIB per cápita con la OCDE. De hecho, el quintil más rico de Chile tiene el 78%, casi 4/5 de los ingresos del 20% más rico de la OCDE. Si estuviésemos a esa distancia, esto situaría a nuestro país cerca de Corea.

Puesto de otra manera, seguramente el 99% de los que estamos aquí somos del quintil más alto, el 20% somos Corea en términos de desarrollo. Pero cuando vemos lo que sucede con el tercer quintil, es decir el 20% de la población que se ubica justo en la mitad de la distribución de ingresos, vemos que los ingresos en Chile son solo un 38% de los ingresos del grupo equivalente en la OCDE. En el quintil más pobre, los ingresos son solo un 32% de los ingresos de los más pobres en la OCDE. Equivale a ser un país como Libia.

Esto es importante porque define buena parte de los desafíos para ser desarrollados. Podríamos aumentar 10% o 15% el PIB per cápita y no habríamos solucionado nuestro problema de desarrollo. No podemos unos pocos ser los “desarrollados”.

La OCDE ha acuñado un concepto para esto: desarrollo inclusivo o desarrollo incluyente. Esto es un tipo de crecimiento que permite que sus frutos beneficien a todas y todos: Todos incluidos en el crecimiento y el desarrollo. Ese debe ser nuestro objetivo.

El desafío del nuevo entorno

Este objetivo se da en un contexto que no es fácil. Para nadie es un misterio que nuestra economía ha desacelerado su ritmo de crecimiento desde hace ya varios trimestres. Podremos discutir latamente sobre distintos factores internos y externos que explican el menor crecimiento. Pero no hay duda que lo que ha sucedido con los precios de los commodities, y el precio del cobre en particular, tiene mucho que ver con lo que ha pasado en nuestra economía, tanto en su fase de aceleración como en la desaceleración más reciente.

Lo que estamos viendo hoy en Chile es parte de un ajuste global al que están enfrentadas las economías similares a las nuestras que tiene un componente cíclico importante. Probablemente me han escuchado antes explicar la mezcla macroeconómica, el rol del tipo de cambio y la reasignación de recursos entre sectores que necesitamos para enfrentar este escenario.

Quiero hoy sin embargo centrarme en la idea que esta desaceleración no sólo tiene un componente cíclico, sino también elementos más persistentes, que es lo que al final del día determina el desarrollo de un país.

La realidad es que las economías emergentes, y en particular las de nuestra región, se han desacelerado mucho. De acuerdo al FMI los países emergentes crecieron 6,2% entre el 2005- 2014, Chile 4,2%, Sudamérica 4,1%, ¿qué se espera para adelante? Los emergentes 4,8%, Chile 2,9%, Sudamérica 1,1%. La verdad es que los cambios de



crecimiento casi de tendencia son muy grandes: 1,4% en los países emergentes, 1,3% en Chile.

Y esto no es solo el resultado estadístico de incluir a países que no han tenido un buen manejo macroeconómico, como Venezuela o Brasil. También otras “estrellas” de la región han visto mermadas sus perspectivas de crecimiento hacia delante. Dado lo anterior, ¿estamos condenados a un bajo crecimiento de manera permanente? ¿Tenemos que cruzar los dedos para que el precio del cobre aumente y así recuperar nuestro dinamismo? La respuesta, estoy seguro, es no. No se trata de una fatalidad: hay mucho que hacer.

Productividad

¿Qué es lo que hay que hacer? Déjenme resumirlo con la palabra productividad. Alcanzar el desarrollo requiere generar las condiciones para un crecimiento que sea robusto e inclusivo. Y el tema clave para esto es aumentar la capacidad para usar nuestros recursos eficientemente, de manera de hacer más con lo mismo. También pasa por ampliar las actividades productivas que hacemos. Sé que la Presidenta habló mucho de diversificación, que implica buscar nuevas áreas o sectores con potencial de expansión y desarrollo. En eso es clave el sector privado, nadie más que el sector privado puede hacer eso. Y que cada chileno y chilena pueda beneficiarse de un mayor potencial.

Es bien sabido que la productividad en nuestro país ha estado estancada por un buen tiempo. Llevamos muchos años en que en promedio la productividad crece cero. Esto ha estado muy influido por lo que sucede con la minería, donde por factores estructurales se ha producido una caída en la productividad. Si excluimos a la minería, el panorama es más alentador. En efecto, la productividad total de factores de los sectores distintos de la minería ha crecido entre 1% y 2% en los últimos años. Esto no es despreciable.

No debemos contentarnos con esto. Al compararnos con otros países desarrollados con estructuras productivas similares a la nuestra –como es el caso de Australia– aún tenemos una gran brecha por cerrar. En



efecto, si en 1990 la productividad media laboral en Chile era sólo un 40% de la de Australia, hoy es un 50%. Es decir, hemos mejorado, pero Australia también ha crecido y por eso tenemos amplios espacios para mejorar. No dependemos solamente que el mundo emergente crezca, sino también de lo que hagamos nosotros.

La preocupación por la productividad es central en el gobierno. Quiero destacar el anuncio que hizo en este foro la Presidenta Bachelet para declarar a 2016 como el Año de la Productividad. Esta es una oportunidad relevante para enfocar nuestros esfuerzos en este ámbito y trabajar mancomunadamente.

No voy a repetir las importantes iniciativas a las que la Presidenta Bachelet pasó revista esta mañana y que reflejan los esfuerzos del gobierno en este ámbito, entre ellos los importantes avances de la agenda de productividad, innovación y crecimiento. Quiero centrarme hoy en tres temas que afectan transversalmente a distintos sectores y que son centrales en la agenda del gobierno: capital humano, competencia en los mercados y energía.

Capital humano

Respecto del capital humano, hay que reconocer que el tipo de bienes y servicios que se demandan hoy y se demandarán en futuro, más sofisticados, requieren para su producción de una fuerza laboral más capacitada, con habilidades y capacidad de enfrentar y resolver problemas. Asimismo, para que las empresas innoven y adopten tecnologías y se muevan hacia la frontera, se requiere de una población calificada. Eso es, al final del día, educación.

Es bien sabido que en los últimos años hemos logramos expandir la cobertura del sistema educacional de manera muy importante, tanto en educación básica y media como en educación superior. Hoy evidentemente el desafío es calidad. Aquí quiero decir que estamos lejos de los estándares mundiales.

De acuerdo a un estudio de la OCDE –por estos días nos entregaron el estudio que hace cada dos años la OCDE para sus países– nos mostró



que un 45% de nuestros estudiantes no logran habilidades básicas. Esto se compara con solo un 21% como promedio en los países de la OCDE. ¿Y por qué son tan importantes estas habilidades? No sólo porque de esta manera aumentan las posibilidades de realización personal y desarrollo de los talentos de las personas. También porque son fundamentales para el crecimiento.

De hecho, este mismo estudio de la OCDE muestra que si fuésemos capaces de mejorar en cobertura, la verdad es que podríamos crecer un poco más. Esto significa una cobertura universal de educación secundaria al nivel de la calidad actual. La cobertura la hemos ampliado, hemos sido exitosos en eso, pero el efecto no es tan grande. Si cada estudiante adquiere habilidades básicas, esto tiene un efecto mayor, podríamos crecer medio punto más rápido. Y si además la cobertura fuera universal en educación secundaria y cada estudiante adquiriera habilidades básicas, es casi 0,6%. Por eso y por mucho más, la reforma estructural que creo es más importante de este gobierno es la educacional, que abarca todos los niveles educacionales.

De partida, estamos haciendo una gran inversión en el desarrollo de la infraestructura para la educación pre escolar. Esto obviamente ayuda a la educación temprana y también a incorporar más mujeres al mundo laboral.

También hemos avanzado con la ley de inclusión escolar, aportando más recursos a la enseñanza básica y media, y garantizando un acceso más equitativo a educación de mejor calidad. Créanme que el presupuesto que terminamos de aprobar ayer tiene un incremento importantísimo en la partida de educación. Si uno suma educación y salud, creo que es casi todo el presupuesto. Y en 2016 veremos los primeros pasos en gratuidad universitaria para la mitad más vulnerable del país.

Pero quiero detenerme en la calidad de la educación de manera más precisa. En esto quizás el aspecto más importante que está sucediendo, es la reforma que lleva a una nueva carrera docente. Este proyecto aún se discute en el Congreso y apunta críticamente a mejorar la calidad de la educación a través de los profesores. Estamos invirtiendo en nuestros



profesores, con una carrera docente clara y con un proceso de certificación que genere los incentivos adecuados para que los profesores tengan un buen desempeño. Esta es una gran apuesta de futuro porque la certificación es clave para tener escuelas exitosas y en este ámbito estamos muy lejos de los estándares de los países más desarrollados.

Pero no solo es importante la educación formal. En este mundo moderno y dinámico también necesitamos actualizar las habilidades de las personas. Lo que es necesario va mutando. De ahí la importancia de un proceso continuo de capacitación, que estamos haciendo con distintos programas. El más importante es este programa Más Capaz, que busca potenciar el proceso de calificación laboral de gente de menor calificación.

Eso respecto del tema capital humano, y déjenme dar mi opinión acá, creo que es el tema más importante que Chile enfrenta para las próximas décadas.

Competencia de mercados

Déjenme pasar ahora al tema competencia. Hace unos meses discutíamos sobre cómo las malas prácticas de algunos dañaban la imagen del conjunto, a propósito de varios escándalos en el mundo político y también algo en el mundo privado.

Lamentablemente, en las últimas semanas hemos vuelto a conocer prácticas anticompetitivas que han recibido una condena unánime. Esta reacción muestra que nuestra sociedad ya no aguanta más abusos, y tampoco tolera pactos en las sombras para obtener ventajas o ganancias ilegítimas. Al final, la reacción ha sido buena, a pesar de todo lo que uno pueda condenar la acción.

Pero quiero mirar la competencia un poquito más de lejos. De acuerdo al World Economic Forum, tenemos cierto nivel de intensidad de competencia que no es malo y la efectividad la ley antimonopolio, aunque ha ido bajando, se mantiene. Lo que sí llama la atención es que en dominancia de mercado tenemos una pésima nota. Estamos en el



ranking 129 en el mundo de tener pocos actores en muchos mercados. Algo pasa en Chile que hay demasiada concentración.

La competencia es fundamental. Al final del día, es la manera de lograr ganancias de eficiencia, estimular la innovación, el desarrollo de nuevos mercados y productos. La gracia es que el más eficiente desplace al que es menos eficiente. Eso se logra compitiendo. En la competencia están las mayores virtudes de una economía de mercado, que permiten crecer y expandir la riqueza. Por lo tanto, necesitamos mercados competitivos, no hay duda. No solo para estimular la innovación y la inversión, sino que también para darle legitimidad a nuestra economía de mercado.

Con los escándalos que hemos observado, en el caso de la competencia, necesitamos realmente de reglas realmente disuasivas de malas prácticas, tanto en competencia como en otros ámbitos. Tener penas duras para la colusión, por ejemplo, es lo que nos permitirá desalentar este tipo de prácticas que bastante daño le hacen al país. Quiero dejar claro que bastante antes de los últimos escándalos, en el Congreso se estaba discutiendo un proyecto de ley con penas de cárcel para la colusión, así como aumento de multas. Creo que hoy muchos más estamos de acuerdo en lo necesario que es avanzar en esto.

Hablando de competencia, no puedo dejar de referirme al debate público que se ha instalado en relación al precio de los medicamentos, las farmacias populares y las regulaciones anexas que se proponen. En mi opinión, tenemos que analizar mucho mejor lo que está pasando. De hecho, quiero sugerirle a Icare que organice una jornada sobre este tema en uno de sus importantes círculos y que invite, por ejemplo, a los alcaldes que han impulsado esta iniciativa.

Respecto de la idea que Cenabast le venda a todas las farmacias, por ejemplo, es necesario analizar si esto no afectaría el precio que enfrenta Cenabast y pueda llevar a un mayor gasto en medicamentos para el sistema público. Ni hablar de las implicancias de regular la rentabilidad de las farmacias.

Los países serios enfrentan los problemas, no los esconden ni toman posiciones apresuradas. Los debaten seriamente.

Energía

Por último, en el tema de la energía, quiero decir que hasta hace un tiempo era el tema que más atentaba contra nuestra competitividad e incidía en la productividad. Si uno iba a un foro como éste hace tres años, la energía dominaba la discusión. Hace dos años se cerraban empresas por el costo de la energía. De acuerdo con un reciente estudio del Banco Central, incrementos del 10% en el costo de la energía podían significar en Chile caídas en el PIB del orden de 0,3%, 0,4%. O sea, efectos importantes.

Comprendiendo los desafíos que implicaban estos problemas en el sector energético, los que atentaban contra nuestro crecimiento, el gobierno lanzó desde el comienzo una ambiciosa Agenda de Energía, liderada por el ministro Pacheco con mucho éxito. Los resultados están a la vista. La energía es hoy el sector que concentra los mayores volúmenes de inversión en ejecución del país. Una parte significativa de este aumento es en proyectos de energía renovable, lo cual no sólo nos permite enfrentar el desafío de la competitividad y productividad, sino también de los compromisos que hemos ido adquiriendo como país en el combate contra el cambio climático.

Por poner algunos números: Al inicio de este gobierno habían 28 centrales eléctricas en construcción, con casi 2.000 MW de potencia. En la actualidad hay en construcción 49 proyectos, más del doble, equivalentes a 4.117 MW. También se ha logrado reducciones sustanciales en los costos marginales de la energía y caídas en los precios de las licitaciones. Chile se está transformando en líder en América Latina en transición energética con iniciativa en energías renovables, generación distribuida y eficiencia energética.

Creo, en resumen, que el tema energético se está abordando bien. Y nos va a ayudar mucho en este camino al desarrollo.

Palabras finales

Déjenme terminar con algunas palabras finales. Tenemos enormes tareas por delante, no cabe duda, pero también grandes oportunidades



para avanzar hacia el desarrollo. Hay distintas dimensiones, como dije. El escenario económico más estrecho de corto plazo sin duda es una dificultad y nos obliga a extremar el buen uso de recursos que siempre son escasos. Es también una oportunidad para enfocarnos en aquellas tareas que son las más relevantes.

Como país tenemos muchas brechas que cerrar. Nos gustaría avanzar rápido en cada una de ellas. Pero tenemos que reconocer que hoy día no tenemos los recursos, y en muchos casos, tampoco la capacidad de gestión política y técnica para hacer todos los cambios y avanzar en todos los frentes al mismo tiempo.

Esto es algo que la Presidenta ha dicho con mucha claridad. Cuando cambia el escenario, tenemos que adecuar la hoja de ruta para alcanzar los objetivos que nos hemos planteado.

Y hoy ese camino creo que se puede resumir en dos palabras: prioridad y gradualidad. Prioridad, porque tratar de hacer todo al mismo tiempo aumenta el riesgo de no conseguir buenos resultados. Gradualidad, porque, al menos en teoría, esparcir las cosas en el tiempo permite que los costos de ajustes se repartan en el tiempo. Los economistas hablamos de costos de ajustes convexos. Esa es la teoría. En la práctica, la gradualidad tiene beneficios adicionales. Permite hacer mejores políticas, da espacio para extraer lecciones, rectificar si es necesario y perfeccionar en el camino. Algunos han criticado este enfoque diciendo que una reforma es igual de buena o mala si se hace rápido o lento. Yo discrepo. La gradualidad permite mejores reformas cuando los recursos técnicos, políticos y económicos son limitados.

Es lo que estamos haciendo con la reforma tributaria, cuya progresiva implementación ha sido acompañada de un amplio proceso de diálogo con todos los sectores. Ello nos ha permitido visualizar espacios de mejoramiento técnico y simplificación, que vamos a concretar muy pronto a través de un proyecto de ley.

Eso también estamos haciendo con el proyecto de ley de modernización de las relaciones laborales, donde mediante un debate detallado en el Senado estamos buscando nuevos puntos de equilibrio. Esto en la idea



que lo que importa es tener un buen proyecto, no uno que se apruebe rápidamente. Esperar tiene costos, lo sé, siempre nos han dicho háganlo rápido, menos incertidumbre. Prefiero hacerlo a un paso correcto, pero que los proyectos de ley salgan mejores.

Otro ejemplo es el proyecto que moderniza el Sernac, que ha tenido un debate muy participativo que ha permitido perfeccionar algunas ideas. Entre ellas su gobierno corporativo del organismo mediante un consejo asesor en temas normativos y el establecimiento de criterios más objetivos para aplicar multas.

Creo que el presupuesto 2016, que fue aprobado ayer tras dos meses de tramitación, también refleja la misma lógica. Es un presupuesto que crece al ritmo de lo que nuestra economía permite y concreta nuestro compromiso de avanzar gradualmente en la reducción del déficit fiscal estructural. Más aun, es un esfuerzo de todo el gobierno por priorizar, concentrando recursos en aquellos temas más importantes para la gente, como Educación, Salud y Seguridad. Esto a pesar de lo difícil que es no poder destinar más dinero a ciencias, a la pequeña minería, al agua potable rural o a otras legítimas aspiraciones.

En este presupuesto dimos muestra de nuestra responsabilidad como gobierno y como coalición. Muchas veces en el debate la única exigencia final que vi, especialmente de la oposición, era aumentar gasto. Si hubiéramos concedido todo lo que se pedía, creo que el déficit se habría multiplicado por tres o cuatro. El próximo año voy a llevar a alguien que lleve la cuenta, porque la verdad que la cantidad de demandas es muy grande.

Pero había un camino alternativo que era perfeccionar el proyecto y reasignar recursos. De este modo, pudimos ampliar el financiamiento que inicialmente habíamos destinado a varias medidas, como la gratuidad en educación superior para los más vulnerables o la construcción de la infraestructura de salud, entre otras. Quiero agradecer a muchos parlamentarios que cambiaron de switch y pasaron del modo gastar al modo reasignación. Y reasignar no es resignarse, es priorizar. Esto muestra que priorizar e incorporar gradualidad en las



políticas públicas es una herramienta muy importante en periodos más estrechos. También lo es dialogar en todos para perfeccionar las políticas.

Sigamos trabajando por un mejor futuro para todos.

Gracias y buenas tardes.